

anne sexton

mi boca
florece como un corte



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@Literaturarandomhouse



@LitRandomHouse



@Litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

EL BESO

Mi boca florece como un corte.
Me han agraviado todo el año, tediosas
noches, solo brutos codazos en ellas
y cajas delicadas de pañuelos gritando ¡llorona,
llorona, estúpida!

Hasta ayer mi cuerpo era inútil.
Ahora se está rompiendo por sus picos y esquinas.
Está rompiendo las prendas de la vieja Mary, nudo a nu-
do
y mira – ahora está todo invadido por esos rayos eléctri-
cos.
¡Zumba! ¡Una resurrección!

Érase una vez una barca, toda de madera
y sin tarea, ni agua salada debajo
y necesitada de alguna pintura. No era más
que un montón de tablas. Pero tú la izaste, la aparejaste.
Ella fue elegida.

Mis nervios están encendidos. Los oigo como
instrumentos musicales. Donde había silencio
tocan sin cesar los tambores, las cuerdas. Tú lo hiciste.

La obra de un puro genio. Cariño, el compositor ha penetrado
en el fuego.

EN CELEBRACIÓN DE MI ÚTERO

Cada una de ellas en mí es un pájaro.
Golpeo con todas mis alas.
Querían sacarte de un corte
pero no lo harán.
Dijeron que eres inmensurablemente vacío,
pero no es así.

Dijeron que estás enfermo para morir,
pero se equivocaron.
Tú cantas como una colegiala.
Tú no estás desgarrado.

Dulce peso,
en celebración de la mujer que soy
y del alma de la mujer que soy
y de la criatura central y su deleite
canto para ti. Me atrevo a vivir.
Hola, espíritu. Hola, cáliz.
Sujeta, cubierta. Cubierta que contiene.
Hola a la tierra de los campos.
Bienvenidas, raíces.

Cada célula tiene una vida.

Aquí hay bastantes para satisfacer a una nación.
Basta con que la plebe posea estos bienes.
Cada persona, cada comunidad diría sobre esto:
«Está bien que este año plantemos de nuevo
y podamos pensar en una cosecha.
Predijeron el tizón y ha sido apartado».
Eso cantan muchas mujeres juntas:
una está en una fábrica de calzado maldiciendo la máqui-
na,
otra en un acuario cuidando a una foca,
otra está aburrída al volante de su Ford,
otra cobra en el control de la autopista,
otra anuda el cordón umbilical a una ternera en Arizona,
otra esparranca un chelo en Rusia,
otra cambia de sitio las ollas en el horno en Egipto,
otra pinta las paredes de su dormitorio color de luna,
otra se está muriendo pero recuerda un desayuno,
otra se extiende sobre su estera en Tailandia,
otra está limpiando el culo de su niño,
otra está mirando por la ventana de un tren
en medio de Wyoming y otra está
en alguna parte y otras están por doquier y todas
parecen estar cantando a pesar de que algunas
no saben cantar ni una nota.

Dulce peso
en celebración de la mujer que soy
déjame llevar un chal de tres metros,
déjame tocar el tambor por las de diecinueve años,
déjame llevar vasijas para las ofrendas

(si ese es mi papel).

Déjame estudiar el tejido cardiovascular,
déjame examinar la distancia angular de los meteoros,
déjame chupar en los tallos de las flores,

(si ese es mi papel).

Déjame hacer ciertas figuras tribales

(si ese es mi papel).

Por esta cosa que el cuerpo necesita

déjame cantar

por la cena,

por los besos,

por el adecuado

sí.

LA FRACTURA

Fue también mi corazón violento el que se rompió,
al caer yo por la escalera del vestíbulo de la casa.
Fue también un mensaje que de mi boca no salió,
clamando escalón tras escalón: *la gente de ti pasa,*

de ti la gente pasa, de ti, al romperse la cadera
que estaba hecha mera y simplemente de cristal,
el fuste que sostiene y además la copa posadera.
Explosioné cual una pistola en el pasillo central.

Así que me rompí en pedazos. Me quedé deshecha.
Sí. Era lo mismo que una caja de huesos de perros.
Ahora, envuelta por doquier, una monja estoy hecha.
¡Reventé como petardo! ¡Ahora piedra entre hierros!

Qué proeza el navegar tan raro como Ícaro lo hizo,
hasta que la tempestad me destrozó y me rompí.
Los de la ambulancia mostraron su compromiso,
pero cuando grité: «¡Esperen mi valentía!». Los vi
fumar y me pusieron y me amarraron a su camilla,
me llevaron rodando hasta su ataúd, o sea mi nido.
Lenta la sirena, lento el coche fúnebre, en sencilla
calma de vieja dama. En urgencias me cortaron el vesti-

do.

Grité: «¡Jesús mío, ayúdame! ¡Ay, Jesús y Cristo!».
La enfermera espetó: «¡Me llamo, qué confusión,
Bárbara!» y me colgó en un mecanismo nunca visto,
un potro ortopédico, y encima un balcánico armazón.

El ortopedista declaró:
«Así, tendida, un año». Su espátula. Novedades llegadas.
Abrió la piel. Raspó, cortó,
y perforó el hueso para sus tornillos de cuatro pulgadas.

Eso exige fuerza bruta, es como empujar una vaca
hacia arriba del monte. Os lo digo, eso es destreza
y a la vez encanto y todo ese saber cómo se empaca.
Matar al cuerpo es una dura cosa para la cabeza.

Pero, por favor, no zarandees mi cama ni la alces.
Soy la mujer de Ethan Frome. Saldré cuando pueda.
La tele cuelga de la pared cual cabeza de un alce.
Una pinta de bourbon oculta en mi mesilla queda.

Pájaro de huesos, sujeta ahora por un saco de arena.
La fractura fue dos veces. Fue una doble fractura.
Los días son horizontales. Los días son que dan pena.
Todo el esqueleto en mí es avería en desventura.

Enfrente del pasillo, la estación de las bacinillas.
Orina y heces pasan cada hora ante mi cabeza alerta,

en cuencos de plata. Al unísono cada una rebrilla
en el esterilizador. Mi docena de rosas está muerta.

Han cesado de menstruar. Ellas cuelgan allí
como pequeños coágulos de sangre secos.
Y el corazón también, ese tullido, cómo lo oí
cantar antaño. ¡Cómo pensó no tener huecos!

Sabed lo que ocurrió el día de mi caída fatal,
mi corazón había balbucido y a la vez ansiado
una fiesta de bodas hasta que el ángel infernal
en el castigador y el acróbata me ha tornado.

Mis huesos están sueltos tal alfileres de lavandera
abandonados cual las muñecas en tienda de juguetes
y mi corazón, un viejo motor de hambre, se acelera
con sus pecados, máquina que no para en cojinetes.

Y ahora dedico todo el día a cuidar con esmero
de mi cuerpo, ese bebé. Su carga cicatriza seguro.
Limpio la bacinilla. Cepillo mis cabellos y espero
en la máquina de dolor que mis huesos sean duros,

mis huesos blandos, los blandos huesos apartados
y que fueron atornillados juntos. Esos se unirán.
Y al otro cuerpo seco, al corazón fracturado
lo alimento a pedacitos, cáliz chico. Con buen afán.

Pero como alarma de fuego él espera a ser conocido.

Está conectado. Él contiene en sí muchos colores.
Durante la prisión de mi cuerpo se han reproducido
solas las células del corazón. Mis huesos sufridores

están de tal espera aburridos. El corazón empero,
este niño de mí misma que en la carne bulle,
la esencial firma del yo, de mi ceguera el venero
y de mi sueño, un belén de muerte construye.

Las figuras en la tumba de mis huesos colocadas,
todas las figuras sabiendo que es por la otra muerte
por lo que ellas vinieron. Cada figura sola situada.
El corazón explotó de amor y su aliento fue inerte.

Esta pequeña ciudad, este pequeño país es real,
y por eso para el fuste y para la copa es así
y por eso es así para el corazón violento. Totalmente
me devora el celo de mi casa. ¡Sí!

LA MUERTE DE SYLVIA

Para Sylvia Plath

Oh Sylvia, Sylvia,
con una caja de muerte llena de piedras y cucharas,

con dos niños, dos meteoros,
que corren sueltos en el cuartito de juegos,

con tu boca en la chapa del horno,
en la viga del techo, en la oración muda,

(¿Sylvia, Sylvia,
hacia dónde fuiste
después de que me escribieras
desde Devonshire
acerca del cultivo de patatas
y la apicultura?)

¿a qué te has atenido,
cómo te has metido dentro?

¡Ladrona! –
¿Cómo te has metido dentro,

te has metido abajo sola
en la muerte a la que deseé tanto y tanto tiempo,

en la muerte de la que dijimos que la habíamos supera-
do,
la muerte que llevábamos en nuestros magros pechos,

la muerte sobre la que hablábamos tanto cada vez
que en Boston tomábamos tres martinis extrasecos,

la muerte que hablaba de psicoanalistas y curaciones,
la muerte que hablaba como novias con parcelas-tum-
bas,

la muerte por la que brindábamos,
los motivos y después el acto tranquilo?

(En Boston
los moribundos
van en taxi,
sí, la muerte de nuevo,
esa vuelta a casa
con *nuestro* chico.)

Oh Silvia, recuerdo al batería soñoliento
que golpeó nuestros ojos con una vieja historia,

cómo deseábamos que viniera
como un sadista o un marica de Nueva York

para hacer su trabajo,
una necesidad, una ventana en una pared o una cuna,

y desde aquel tiempo ha esperado
bajo nuestro corazón, nuestro aparador,

y comprendo ahora que lo conservemos
año tras año, viejas suicidas,

y siento con la noticia de tu muerte,
un terrible gusto de eso, como de sal.

(Y yo,
yo también.
Y ahora, Sylvia,
tú de nuevo,
de nuevo con la muerte,
esa vuelta a casa,
con *nuestro* chico.)

Y yo digo solamente
con mis brazos extendidos hacia ese lugar de piedra,

¿qué es tu muerte
si no una vieja pertenencia,

un lunar caído
de uno de tus poemas?

(¡Oh amiga,
como la luna es mala,

el rey se fue,
y la reina no sabe qué hacer,
la asidua del bar debe cantar!)

¡Oh madre pequeña,
tú también!
¡Oh alegre duquesa!
¡Oh cosa rubia!